Álvaro Ramos

DIARIO DE UN GENERAL



Colección Narrativa
SONATAS DIGITAL
http://www.erabradomin.org

DIARIO DE UN GENERAL

ESCRITORES EN RED
ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN

DIARIO DE UN GENERAL

por Álvaro Ramos



Vision Libros

Diario de un General
© Álvaro Altamira Ramos
alvarosanmiguel@yahoo.es
© Editorial Vision Libros
Calle San Benito, 21, Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9983-987-5
Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Santiago Solano Grande
correo@santiago-solano.es
Maquetación: Santiago Solano Grande
correo@santiago-solano.es
Impreso en España

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local. 28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicacion.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

PALABRAS PREVIAS

Ha sido una gran satisfacción poder recuperar este diario militar de mi abuelo, que permaneció abandonado y olvidado, en una estantería de su casa, muchos años después de su muerte. Es un recuerdo maravilloso para toda la familia, para su hijo, mi padre, también militar del mismo cuerpo de Farmacia, y para mí, que aunque mi abuelo murió ya siendo yo adulto, siempre fue una persona discreta y no llegué a conocerle de verdad. Con este diario he descubierto a una persona fiel a sus principios, a sus ideas, honesto, humilde, muy simpático, divertido, alegre, y sobre todo, buena persona.

Sólo espero, que este documento, que además aporta unos relatos interesantes, en primera persona, de la historia de España, sea ameno a todos sus lectores y puedan disfrutar con las aventuras del General de Farmacia Ángel Ramos.

Y por último, quisiera dedicar este libro a toda la familia militar, por su dedicación, esfuerzo y sacrificio, y sobre todo, por su aguante ante cualquier adversidad, virtudes que he podido vivir en directo desde que nací.

Álvaro Ramos.

Índice

	Pág.
Capítulo 1. El comienzo de la vida militar.	11
Capítulo 2. Primer destino. Valladolid.	15
Capítulo 3. Segundo destino. Islas Chafarinas.	21
Capítulo 4. Tercer destino. Melilla.	71
Capítulo 5. Cuarto destino. Valladolid.	83
Capítulo 6. Quinto destino. La Coruña.	95
Capítulo 7. Guerra Civil española. El comienzo.	101
Capítulo 8. Guerra Civil española. Frente Asturiano.	117
Capítulo 9. Guerra Civil española. Frente de Levante.	161
Capítulo 10. La Postguerra. Santander.	179
Capítulo 11. Valladolid 1941.	183
Capítulo 12. Madrid 1941-1958.	185
Capítulo 13. Mallorca 1958.	199
Capítulo 14. Madrid 1958-1970.	205
Capítulo 15. Islas Chafarinas 1981.	247

Capítulo 1

El Comienzo de su carrera militar.

1925. Las oposiciones fueron en el laboratorio Central de Sanidad Militar, situado en la calle de Amaniel. Era un complejo grande y destartalado, pero muy eficaz, y seguramente, el de mayor producción de toda España en aquel tiempo. Señalo la gran labor que desarrollaban aquellos compañeros, que con escasez de medios, obtenían y fabricaban excelentes medicamentos, empezando a tomar fama y prestigio los preparados de Farmacia Militar, que entonces era una sección de Sanidad Militar, pero que estaba completamente oscurecida por la sección de Medicina, que era la que tenía el mando absoluto.

El tribunal estaba constituido por el Subinspector Farmacéutico de 1ª (Coronel) Don Félix Gómez Díaz, director del laboratorio. Era un malagueño algo pelirrojo, con grandes y finos bigotes, y que tenía fama de tener muy malas pulgas. Era el presidente del tribunal. Los vocales fueron los subinspectores farmacéuticos de 2ª, Don Rafael Candell Peiró, jefe de personal en el Ministerio, que era el más temido por propios y extraños, por sus intenciones dañinas. El del mismo empleo Don Saturnino Cambronero, máximo prestigio de aquel tiempo, y Jefe de la Farmacia del Hospital de Carabanchel, autor de las famosas ampollas anestésicas de Cambronero-Gómez Ulla, los farmacéuticos Mayores Don Marciano Valdelomar y Don Antonio Moyano Cordón, y los farmacéuticos Primeros Don Adriano Panadero Marugan y don José Mazon de la Herranz, que hacía de secretario.

Empezaron las oposiciones a primeros de abril y finalizaron a final del mismo mes. Aprobamos el primer ejercicio diez opositores, pero solamente terminamos siete. Hubo un momento en que el Coronel Candell propuso aprobar a dos solamente, o sea, a Lora y Aleman. Nos salvó Sota y Montilla de los Ríos, que estaba tan recomendado, desde el Ministro y varios Generales, hasta el Obispo. Al fin aprobamos por el siguiente orden, 1º Manuel Lora Tamayo, 2º Armando Subirán Alemán, 3º Eduardo Montero Gancedo, 4º Jesús Carmona Solis, 5º Pedro Sánchez González, 6º Ángel Ramos, y 7º José de la Sota y Montilla de los Ríos. Nos dieron ingreso con antigüedad del 5 de mayo de 1925, con el empleo de farmacéuticos 2º (Tenientes). Nos incorporamos el día 1 de junio en la Academia de Sanidad Militar, con personal exclusivamente médico. Manuel Lora fue destinado a Sevilla, donde estuvo hasta que le correspondió ir a África. Como era muy listo y se expresaba admirablemente, daba la sensación que sabía el doble de lo que sabía realmente. Enseguida hizo numerosas oposiciones, a farmacéutico del Hospital Provincial de Sevilla, a Químico de Aduanas y finalmente a cátedra de Química General en la Universidad de Sevilla, pero para la facultad de Medicina de Cádiz, ganando todas. Después de varios traslados, le concedieron la Cátedra de Química Orgánica de la facultad de Ciencias Químicas de Madrid. Fue Vicerrector de la Universidad de Madrid, y después Ministro de Educación Nacional. Ahora es Presidente del Instituto de España, Consejero del Reino, Vicepresidente, etc. Es Doctor en Ciencias y Farmacia.

En la Academia de Sanidad Militar, teníamos como profesores principales, a los Capitanes Médicos Rocha y Mallol de la Riva. Dábamos clase de esgrima con el maestro Afrodisio, y equitación con el Teniente Valderrábano, que con el tiempo fue General y Jefe del Estado Mayor Central. Por la tarde teníamos prácticas en las farmacias de la guarnición de Madrid. A Alemán y a mí, nos mandaron a la farmacia de Fernando VI, cuyo jefe era el subinspector farmacéutico de 1ª

(Coronel) Don Joaquín Ezquerra del Bayo y García de Valladolid, aristócrata y académico de Bellas Artes. Pintaba cuadros muy bonitos, algunos de los cuales está en el Museo de Farmacia Militar. El Capitán de la farmacia era Don Ramón Fraguas, que era el que nos enseñaba el servicio farmacéutico práctico, y el modo de hacer cuentas. La verdad era que no poníamos atención a las explicaciones del Capitán Fraguas, siendo lo único que nos interesaba, el que nos dejara libres para marcharnos. Los Capitanes Médicos nos explicaban la parte militar y la instrucción, pero tanto una cosa como otra, nos interesaba poco y más bien lo tomábamos a chacota, a excepción de Alemán Subiran, que era el de más espíritu militar y tomaba en serio todas las enseñanzas. Como siempre, el más guasón era Carmona, y el que demostraba menor interés, Lora Tamayo.

En las clases de esgrima, nos enfrentaba el maestro Afrodisio, médicos contra farmacéuticos. Sabían mucho más los médicos porque tenían más clases que nosotros, y habían empezado antes las clases. Entre ellos había uno que presumía de tirador. Pero nosotros teníamos a Alemán Subiran, que llegó a Campeón de España de florete, y fue a la Olimpiada de Amsterdam del año 28, donde quedó bastante bien. Enseguida se enfrentaron Alemán y el Alférez Médico campeón, dándole Alemán una soberana paliza. Se enfureció el engolado médico, llegando a la agresión personal, teniendo que separarlos el maestro Aparicio, pues Alemán tenía un genio tremendo y no se dejaba pegar por nadie. Con ello, los combates se agriaron de tal modo, que los médicos, deseando venganza de su campeón, nos sacudieron con furia sin igual. Aquello no era un asalto de esgrima, sino una batalla a palo limpio. Sota, como era el más fuerte de todos, sacudía con terrible fuerza a sus adversarios, haciéndoles grandes verdugones. Yo no podía con el medicucho que me toco en lid, que era el que nos trataba con más desprecio, por lo que le teníamos mucha rabia. Al ver que me sacudía de lo lindo, me lancé sobre él, con toda la rabia que tenía, ablandándole el estómago repetidas veces,

consiguiendo doblarle. Aquello me hizo ganar puntos delante de Alemán y los demás compañeros. Lora Tamayo se escabullía de las luchas, por lo que salía el mejor librado, pero nosotros estábamos por ello molestos con él. Como al día siguiente se renovó la batalla del día anterior, con características parecidas, decidió suspender los asaltos entre las dos colectividades, el maestro Afrodisio, con gran sentimiento mío, porque para mí era lo más divertido de aquel periodo de Academia.

La clase de Equitación también me gustaba. En ella destacaba igualmente Alemán, que ya sabía montar a caballo. En cambio, Lora Tamayo, las pasó moradas, pues únicamente se tenía en el caballo, al paso. Al ponerse a trote ya empezaba a agarrar a la pera del sillín, y al empezar a galopar, era cómico ver cómo iba tambaleándose hasta que al fin, daba el caballo, con el bueno de Lora, en el corcho. El picadero era el de la Escuela de Estado Mayor. A pesar de ser el suelo de virutas de corcho, las costaladas no eran nada gratas, así que a la tercera o cuarta costalada, le dijo Lora al profesor de equitación, el entonces teniente Valderrábano, que no quería montar más en el caballo. Refunfuño Valderrábano, pero al fin accedió a los deseos de tan torpe alumno.

El periodo de instrucción militar duró dos meses. Estuvimos otros dos meses más de prácticas en las farmacias. Las mañanas las pasábamos en la farmacia del Hospital de Carabanchel, cuyo jefe, Don Saturnino Cambronero, nos enseñó muy bien a preparar inyectables y sueros, cosa que nos gustaba más que el despacho de recetas. A final de septiembre nos dieron de alta y fuimos a incorporarnos a nuestros destinos. Alemán y yo a la farmacia de Valladolid, sita en el famoso Pasaje de Gutiérrez.

Capítulo 2

Primer destino. Valladolid.

El 1 de octubre nos incorporamos a Valladolid. Alemán Subirán y yo. Vino con nosotros su padre Don Gerardo Alemán, que era Teniente Coronel de la Guardia Civil y muy afamado como hombre duro y resoluto. Nos alojamos en la misma pensión y nos fuimos a presentar al Jefe de farmacia Don Justino Turiño Campana. Era un Comandante muy buena persona, aunque algo apocado. Nos recibió amablemente y nos presentó al Capitán, que era Don Leonardo Pérez Gutiérrez, un caballero castellano de pura cepa. Solterón y de costumbres solitarias. Yo desde el primer momento la caí bien, llegando a tomarme gran cariño, al que yo también le correspondí con todo mi corazón. Había en la farmacia cuatro practicantes y dos mozos, a los cuales también nos presentó el Comandante. Una vez hecha la presentación en la farmacia, fuimos a presentarnos al Capitán General, que era Don Balbino Gil Dolz del Castellar y Peiró, con dos títulos nobiliarios. Nos recibió también amablemente, echándonos un pequeño discurso, acerca de cómo debía ser nuestra conducta, como oficiales que éramos a sus órdenes. Nos dijo que le habláramos fuerte porque era sordo y nos despidió, recomendándonos que no nos casásemos, cosa que, a la verdad, no hacía falta, pues ninguno de los dos teníamos ninguna gana. Era un estupendo Capitán General, pero tenía un flaco y era su señora, a la que también tenían que formar la guardia, cuando entraba o salía de Capitanía, siendo arrestado el oficial que no lo hiciese. Esto era motivo de bromas para los nuevos oficiales, que ignorando lo del arresto, no eran informados por sus

compañeros, con la consiguiente juerga en la sala de banderas, al ser arrestados por no haber formado la guardia. Por el rasgo que tuvo el Capitán General con motivo de una bronca que hubo en uno de los pocos cafés cantantes que había en Valladolid por entonces, le ganó la simpatía y el afecto de toda la guarnición. Un Capitán y dos Tenientes armaron un fenomenal escándalo al estilo película del oeste. Hubo rotura de sillas, vasos, botellas, etc. Llegó la policía gubernativa que quiso detener a los oficiales, pero estos les sacudieron una paliza. Menos mal que no salieron las pistolas a relucir.



Ángel Ramos. Teniente de farmacia.

Presentó la policía la consiguiente denuncia, y tomo parte el Gobernador Civil con el conflicto de las dos jurisdicciones, civil y militar. Los periódicos izquierdistas hicieron campaña contra el Ejército, aprovechando aquel motivo. Don Balbino dijo, al Gobernador Civil y a la prensa, que haría justicia y que a él correspondía sancionar a sus oficiales. Les llamó a su despacho y les echó fenomenal bronca, castigándo-

les con dos meses de arresto en un castillo. Salieron el Capitán y los Tenientes mohínos y arrepentidos de la zurra que dieron a los dos policías. Al salir del despacho, les llamó aparte el ayudante del Capitán General, les preguntó de donde eran y donde vivían sus padres. Después de haberle contestado, el ayudante les comunicó que el Capitán General, les había concedido dos meses de permiso para sus pueblos respectivos, recomendando guardar secreto. Naturalmente, toda la guarnición se enteró y alabó el rango de Don Balbino, al que ya queríamos todos anteriormente.



Armando Alemán. Teniente de Farmacia

Después de la presentación al Capitán General, fuimos a hacerlo al General Jefe de E.M. que era Aliz Recalde, que era muy amigo de Armando Alemán y de su padre. Esta circunstancia favoreció a Armando, que sacaba todos los días a paseo el caballo del General Aliz, cosa que le gustaba mucho, no dejando que se anquilosara en la cuadra, pues el General no le montaba nunca. Yo aún sabía poca milicia, que se compensaba con creces con el exceso que tenía Armando, el cual parecía más bien un Oficial de Infantería que un farmacéutico Militar.

Terminadas las presentaciones, empezamos a prestar servicio en la Farmacia del Pasage de Gutiérrez, sitio lóbrego y malsano. Mal ventilado y sin calefacción. La instalación era aceptable, pero entraba un viento fatal por las ventanillas de despacho al público, que causaba permanentes catarros a todo el personal, incluido Don Leonardo. El trabajo era muy grande, siendo la Farmacia Militar de más despacho de España, después de la de Fernando IV. En aquel tiempo no había especialidades, en cambio el número de recetas a elaborar superaban las cien diarias. Los productos y elaborados del Laboratorio Central también se despachaban mucho. El del alcohol, bicarbonato, etc., también daba mucho trabajo. Alemán hacía las guardias de uniforme y con espuelas, con el pretexto de que venía de montar a caballo. Aquello originaba algunas sonrisas de guasa al personal subalterno, aunque procuraban disimularlo, por temor al fenomenal mal genio del Teniente Alemán.

Por la farmacia venía de cuando en cuando el Coronel farmacéutico retirado Lacalle que fue el fundador de aquella farmacia. Si estaba de guardia Don Leonardo, se marchaba sin entrar. Si estaba yo, empezaba a hacer lamentos diciendo ¡quién te ha visto y quién te ve! Y cambiaba personalmente la disposición de algunas mesas, poniéndolo según estaban cuando él fundó la farmacia. Invariablemente siempre hacía lo mismo y nos aseguraba que él tenía que haber sido General, quejándose de una faena que le hicieron. Otro de los asiduos

visitantes era Don Arias Bulnes Trespalacios, Teniente Coronel de Caballería, padre de una generación de valerosos y distinguidos militares. Era un caballero modelo de virtudes. Alguna vez venía el General Alix, pero solía hacerlo cuando estaba de guardia Armando. Las guardias eran cada tres días, pero con mucha frecuencia teníamos que hacerlas un día sí y otro no, por ausencias y permisos. Teníamos que dormir en el cuarto del oficial de guardia, insalubre a todas luces, y con olor a gas permanente, debido a las deficientes tuberías. Más de una vez tuvimos que marcharnos atufados. Tenía la farmacia un pequeño laboratorio, donde hacíamos las ampollas y algún análisis que otro. Allí hacía experimentos y me entrenaba en el trabajo del vidrio, en los momentos que me dejaba libre el mucho servicio.

Aquel destino era francamente malo y desagradable. El trato con el público era ingrato, siempre había alguna reclamación y no faltaban broncas con algún jefe malhumorado. Por todo ello, estaba deseando que me mandaran a África.

Por aquellos días, vino de permiso el farmacéutico Mayor de la Armada Don Leopoldo López Pérez, que presumía de que solamente estuvo dos años de Teniente y dos de Capitán. Me insistió mucho en que me pasase a la Marina, pues estaban convocadas tres plazas y me dijo que me darían una con sólo solicitarla. Me convenció por el contraste de la carrera que íbamos a llevar. Según los estudios "escalillográficos" de Alemán, íbamos a estar 21 años de Tenientes, pues habíamos ingresado con los números 52 y 56. Este estudio corroboraba a la opinión del Secretario del Tribunal, el Capitán Mazón, que al darle las gracias como miembro del Tribunal de nuestras oposiciones, nos desalentó sobremanera, diciéndonos que no se explicaba cómo había quien se presentase, teniendo en cuenta el negro porvenir que nos esperaba. Volviendo al tema de las oposiciones, el mismo Capitán Mazón me dijo que yo era el único opositor que no tuve recomendación, y de que si se hubieran fijado en mi expediente académico, me hubieran puntuado mejor. Me había dado el párroco de Rioseco Sr Lie-

bano Fidencio una carta para el padre Curieses, que era también de Autillo de Campos, y que era fraile de gran influencia. Fui a ver al citado padre, el cual prometió recomendarme, pero se conoce que no lo hizo o no pudo. Me alegré al final pues tuve la satisfacción de saber que aprobé sin la ayuda de nadie.

Volviendo a lo de pasarme a Marina, preparé la instancia, y al llevarla a Don Leonardo, que estaba haciendo de Jefe, por ausencia del Comandante, me la rompió y me dijo que no hiciera disparates. Yo, como quería mucho a Don Leonardo, acepté su opinión sin rechistar. El tiempo le dio la razón. Claro es que tampoco me hacía mucha gracia ir al Ferrol o a Cartagena, pues estaban allí las vacantes anunciadas.

Por fin Alemán se marchó a Melilla y yo solicite las Islas Chafarinas, a las que me incorporé en octubre de 1926.

Capítulo 3

Segundo destino. Islas Chafarinas.

Málaga. Embarqué al anochecer en el "Vicente La Roda", un mercante habilitado para pasajeros, que andaba muy poco y decían muy marinero, o sea, que durante la travesía se movía mucho, mareándose la mayoría de los pasajeros. Yo cené con un militar con abrigo de cuero, que no se lo quitó en ningún momento. Como entonces las gorras de uniforme no llevaban divisas, no se podía saber la graduación por ellas. Era bajito y delgado, pero con voz autoritaria. Resultó ser el Coronel E.M. Don Abilio Barbero Saldaña, Jefe de Estado Mayor de la zona de Melilla. Yo, poco acostumbrado a tratar con altos jefes, me quedé un poco azorado, pero como era un hombre cordial y amable, enseguida tomé confianza. Le dije que era la primera vez que venía a África, él entonces extremó sus amabilidades. Al final de la cena, nos fuimos a acostar. Yo dormí muy mal debido a lo mucho que se movía aquel condenado barco. Al amanecer subí a cubierta y ya empezaba a ver las costas del Cabo Tres Forcas. Me señalaron los restos del acorazado "España", encallado en unos arrecifes de aquella zona. Me gustó mucho ver a los delfines nadando alrededor del barco y a los peces voladores. A las nueve de la mañana atracó en el muelle de Melilla "El Vicente La Roda". En el citado muelle, esperaban la llegada del correo de Málaga, mucha gente, de muy variada condición e indumentaria, resultando muy pintoresco y exótico. Soldados del Tercio, de Regulares, Cazadores de África, judíos vestidos a su antigua usanza, muchos moros, jefes y oficiales con uniforme de campaña, y algunos paisanos. Daba la sensación de llegar a un

país completamente distinto al nuestro. Unos maleteros judíos con un borriquillo, me llevaron al número 9 de la calle Miguel Zazo, donde encontré alojamiento, aunque las comidas las hacíamos en el Casino Militar. Como todos los que llegábamos por primera vez, estaba despistado, pero como había una total camaradería, enseguida me acompañaron a hacer las presentaciones. La primera, al Comandante General, que no tuve más que apuntarme en el libro. Al jefe de E.M. me sucedió lo mismo, y seguidamente al Jefe de Sanidad, que era el Coronel Alberico, hombre muy grueso y sordo, que tenía fama de muy mal genio. Me recibió echándome una media bronca y anunciándome que dentro de poco iría a Chafarinas, con una expedición de heridos y enfermos, en el barco Hospital "Castilla". Salí malhumorado, pues no veía motivo de bronca y ya fui con recelo a presentarme al Comandante Farmacéutico Cala, que era el de más graduación en la plaza. Esta presentación era solamente de cortesía, porque nuestros jefes eran solamente los médicos y los farmacéuticos. No pintábamos absolutamente nada, con lo que recogíamos todas las broncas que se perdían y muy rara vez los laudos.

El comandante Cala era barbado, corto de estatura y que hablaba muy bajito. Era el que más sabía de cuentas del Cuerpo de Farmacia. Me recibió amablemente y se ofreció a ayudarme a hacer las cuentas, que era el coco para nosotros los novatos. Me entregó impresos que él hacía para todas las farmacias Militares de España.

Por fin fui a comer al Casino Militar. En aquel entonces estaban destinados en la Plaza de Melilla, el Comandante Cala, los Capitanes Revert Cutillas y Eliseo Gutiérrez del Alamo, y los Tenientes Fidel Ortiz y Armando Alemán. En la zona de operaciones había otros Tenientes, así como en los Peñones.

Comí con el Capitán Revert. El ambiente era grato, había buen humor y mucha camaradería. Le dije que estaba esperando barco para ir a Chafarinas, donde estaba destinado. Como no había más que un barco semanal, tenía que esperar

hasta el sábado. Enseguida me informé de la fama de sabio que tenía el Capitán Revert, toda la guarnición le tenía por una verdadera lumbrera, a excepción de los compañeros farmacéuticos, entre los cuales había división de opiniones. También me informaron de la muerte del Capitán Rogina, que era un farmacéutico que había llegado a Capitán a los 25 años, cosa completamente extraordinaria. Resulta que se había casado con una muchacha regordeta, de labios carnosos, que conocí posteriormente, siendo viuda y casada con un alemán residente en la Plaza. Aquella señora padecía de ninfomanía, mandando rápidamente al cementerio al pobre Rogina. A los tres meses de casado, estuvo ya a la muerte. Entonces los familiares le separaron un par de meses, marchándose a reponerse a su pueblo. Aun no repuesto del todo, se reunió con ella en Melilla, donde le liquidó en menos de un mes. Alguien se permitió opinar que lo hizo a propósito, intensificando sus ardores eróticos, hasta aniquilarlo. Una vez viuda, se casó en el tiempo mínimo reglamentario, con un alemán de pelo rojo y de aspecto muy fuerte. Un día le interrogamos Alemán y yo, sobre cómo iba con Carmela, que así se llamaba la viuda. Con voz gangosa, nos contestó que con él no haría lo mismo que con el pobre Rogina, aunque al parecer, ya lo había intentado, dándola fuertes bofetadas y echándola fuera de la cama a la insaciable viuda. Nosotros nos reímos mucho con el alemán que era muy gracioso contando sus relaciones amorosas.

Después de comer con el Capitán Revert, me hice amigo de un Teniente de Infantería muy alto, que se desvivía por complacerme, no dejándome pagar nada. Yo estaba encantado con él pues no acababa de ambientarme con otros oficiales demasiado jaraneros. Después de una partida de billar que jugué con él, me llamaron el Alférez Carrasco y otros, diciéndome aparte ¿sabes con quien has estado toda la tarde? Pues con el "Chimenea", que es gafe. Si sigues con él, te tomarán a ti también por gafe, y te harán la vida imposible. A la vista de aquellas amenazas, al día siguiente, me tuve que zafar de las

afectuosidades del "Chimenea", aunque me producía gran indignación el tener que hacerlo, pero el ambiente contra aquel era tal, que no tenía otra alternativa. Le atribuían, que siempre que salía de operaciones, cascaban todos menos él, y que fracasaba en todas las que intervenía.

Por entonces Melilla estaba llena de oficiales y soldados de todas clases, que se relevaban cada cierto periodo de tiempo, para volver a operaciones. También había muchos transeúntes y emboscados que no pisaban el frente. Un truco muy empleado era hacerse novio de la hija de algún jefe en mando, con lo que conseguían enchufarse en las representaciones de las unidades expedicionarias. En los seis días que tuve que estar esperando la salida del "Gandía" para Chafarinas, hubo tres bailes en el Casino por la tarde. Yo entonces sabía bailar muy poco, contrastando con la destreza de los demás oficiales. Si se agrega el exceso de oficiales sobre el número de muchachas, era difícil conseguir bailar alguna vez, aunque no hacía falta estar presentados, pues el ser oficial era suficiente para establecer relaciones con cualquier chica.

Por fin llegó el "Gandía", célebre barco de 280 toneladas, procedente de los Peñones. Había hecho muchísimos servicios en la campaña de Marruecos, pero ya no hacía más que de barco-correo para los Peñones y Chafarinas. Era muy marinero, es decir, que se movía muchísimo en cuanto había olas, cosa muy frecuente, pues siempre hacía viento en aquella época. Hoy no hace tanto como entonces, tanto era así, que el verso siguiente era lo primero que te enseñaban.

"Tres cosas tiene Melilla
Que no las tiene Madrid
El levante y el poniente
Y el telegrama del Rif"

Sin embargo, en aquella primera travesía, tuve suerte. Hizo muy buen tiempo y desde cubierta pude ver muchos del-

fines, peces voladores y enormes gaviotas de tamaño muy superior a las del Cantábrico. Poco a poco fue perfilándose la silueta de la Isla del Congreso, la más alta y de mayor tamaño de las Islas Chafarinas, que ocultaba a las otras dos. Al cabo de cerca de cinco horas de navegación, anclamos en el puerto, pues no solía atracar en los muelles, haciendo la carga y descarga por medio de unas barcazas de la compañía de mar. Luego, por medio de unas mangas, llenaba los depósitos de agua de la isla, por carecer esta de agua potable. También Melilla recibía todos los días de los barcos correos, agua de Torremolinos, pues en la Plaza, había mucha escasez del indispensable elemento.

En el muelle me esperaban el Teniente Zorrilla, que estaba sustituyendo al Teniente Torres, que fue el jefe del farmacia hasta entonces y que había pedido el regreso a la península por razones de salud, con mucho sentimiento, pues era muy africanista. El Teniente Zorrilla había pedido la baja en la escala activa para marcharse a su tierra, Navarra. Además del Teniente Zorrilla estaban en el puerto las fuerzas vivas de la isla, que solían ir a recibir al Gandía, que siempre traía alguna novedad. El Teniente Zorrilla me las fue presentando a todas, eran el Teniente Jolvuch, que hacía de Comandante Militar y era de la escala de reserva. El Teniente Pereira, que era el Jefe de Intendencia, y el Alférez Carrasco, que era el que mandaba a los 60 hombres de la guarnición. Fuimos inmediatamente a presentarnos al Capitán Médico Don Blas Hidalgo, que era el Director del Hospital, y que estaba pasando visita. Seguidamente me presentaron al Capitán Comisario Don Tomás Sánchez del Pozo y de España, al auxiliar de Intendencia Rodríguez, al Practicante Militar Aparicio, a los dos fareros Ruiz y Barraca, a los dos telegrafistas y a la maestra del pueblo. También al Brigada de artillería que tenía a su cargo los dos enormes cañones que artillaban la isla con unos 30 proyectiles grandísimos, y los cierres de aquellos. Creo que aquellos cañones no llegaron a funcionar nunca. Más tarde me presentaron al Pater Don Andrés, también Teniente, y a